

# LA METÁFORA Y EL LENGUAJE FIGURADO EN LAS OBRAS MARINERAS

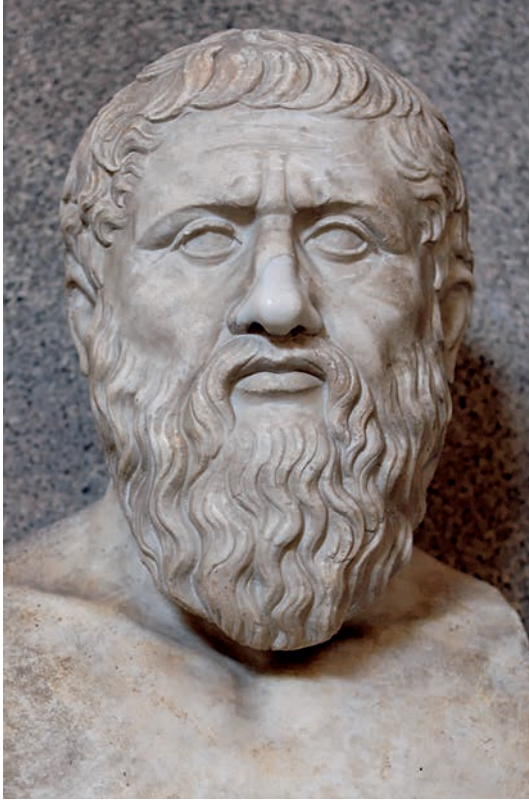
Beatriz SANZ ALONSO  
Departamento de Lengua Española.  
Universidad de Valladolid



SPAÑA es un país marinerero: históricamente marinerero, geográficamente marinerero, políticamente marinerero pero humanamente ajeno al mar. «Nuestra lengua en dos orillas», «un pensamiento en dos riberas» y lemas similares, tan eufónicos y tan metafóricamente lanzados a la imagen de esa realidad bifurcada, no han tenido reflejo en la población peninsular ni, sobre todo, en una Corona a la que apelaba su Armada en continuo clamoreo, por lo que aún han sido más desconcertantes y más sorprendentes todos los modos de relatar el mar —los que he encontrado en la documentación— y la entrega en una vida durísima, a pesar de que la muerte fuera una presencia densa y constante, a pesar de las levás obligadas, a pesar de la poca remuneración y ningún

agradecimiento de un rey y de un país por los que los hombres se lanzaban a los océanos.

Hay un supuesto de que, si sabemos contar una historia, tendremos la seguridad de dejar absolutamente hechizado a quien la escuche. Yo pocas veces he hallado una historia tan profundamente fascinante como la que narra la vida de la gente de mar, embarcada y desembarcada, y la del relato de su oficio que, aunque ellos ni siquiera lo pretendan, es un relato poético y un relato metafórico. Un relato poético, incluso en el sentido platónico. Describe Platón en *El banquete* (1981: 399a) la *poēsis*: «Sabes que el concepto de *poēsis* es algo amplio, ya que ciertamente todo lo que es a causa de algo, sea lo que sea, y pase del no ser al ser es *poēsis*». Ésta es, ni más ni menos, la razón de que se escriban los derroteros y se apunten los diarios de navegación. Por tanto, Sarmiento y los capitanes de barco y los pilotos y los marinos son poetas,



Busto de Platón. (Foto: [www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org))

tomando *lato sensu* el sentido aristotélico, porque consiguen realizar lo que los demás creen que alguien podría hacer. Dice Aristóteles (1990: 1451b) en su *Poética* que el poeta es un reproductor de la acción y un hacedor de intrigas: «... Y también resulta claro por lo expuesto que no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podrá suceder; esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa —pues no sería posible versificar las obras de Herodoto y no serían menos historia en verso que en prosa—; la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido y el otro lo que podría suceder. Por eso, también la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía dice más bien lo general y la historia lo particular». Incluso si nos

apoyamos en el pensamiento de Heidegger (1958: 143), lo que hacen los marinos cuando escriben también es poético, puesto que en el lenguaje poético y artístico se hace presente la verdad en su pleno desocultamiento. Los documentos marinos, precisamente, iluminan, «desocultan», en términos del filósofo, la realidad —tanto física como humana— de la mar, y lo hacen, en buena parte, gracias a la metáfora, que tiene que determinarse en relación con los mundos diversos con los que se confronta el pensamiento europeo, como explica Chakrabarty (2008).

La relación del teniente de navío Ignacio María de Álava o la de Marcelo de Ayensa o la del capitán Conde de Vena y Masseran (Archivo General de Simancas, SMA, leg. 59) o las peticiones de las familias de los marineros son narraciones apodícticas, ejemplares, que adquieren simultaneidad propia con otro presente; no son en sí reconstrucción de una vida pasada, sino una revivencia que nos permite participar en lo que cuentan.

Los artistas dicen que la esencia del arte es poner al hombre ante sí mismo, pero los documentos de mareantes nos enseñan que lo que verdaderamente pone al hombre ante sí mismo es el mar, de lo que deberíamos deducir —si el supuesto es válido— que el mar es puro arte y que marear es, esencialmente, el arte de vivir. Y que cuando comprendemos un texto marinero, la conciencia histórica que dimana de él la captamos como una experiencia de verdad desvelada por una lengua y por unas metáforas, metonimias y personificaciones que nos permiten construir y reconstruir el mundo.

Según Lakoff y Johnson (1980: 39-40), la metáfora impregna nuestra vida cotidiana, no solo el lenguaje sino también el pensamiento y la acción, porque nuestro sistema conceptual es fundamentalmente de naturaleza metafórica. Por tanto, los conceptos estructuran lo que percibimos, cómo nos movemos en el mundo y la manera en que nos relacionamos con otras personas. Veámoslo en dos ejemplos. El economista John K. Galbraith, en un libro titulado *El dinero*, escribe:

«Al tratar de las desdichas terminológicas hay que decir unas palabras sobre terminología. En el curso de su desastrosa odisea, Pal Joey, el personaje más inspirado de John O'Hara, tiene que firmar un pagaré en una tasca de Chicago para pagar bollos y café. Explica su desgracia diciendo que el pánico continúa.

Durante el siglo pasado y hasta 1907, los Estados Unidos sufrieron pánicos, y así los llamaron sin avergonzarse. Pero en 1907 el lenguaje, como tantas otras cosas, empezaba a ponerse al servicio de los intereses económicos. Para reducir al mínimo el impacto sobre la confianza, los hombres de negocios y los banqueros empezaron a explicar que un retroceso económico no era realmente un pánico, sino una crisis. Sin embargo, en los años veinte, la crisis mundial había adquirido también la terrible connotación del acontecimiento que expresaba. Por consiguiente se procuró tranquilizar al público diciendo que no era una crisis, sino sólo una depresión. Una palabra muy suave. Entonces, la Gran Depresión asoció el más espantoso desastre económico con aquel término y los semánticos de la economía explicaron que no había depresión en perspectiva, sino, como máximo, una recesión. En los años cincuenta, al producirse un pequeño retroceso, los economistas y funcionarios públicos se unieron para negar que fuese una recesión. No era más que un movimiento deslizante o una oscilación de reajuste. Mr. Herbert Stein, un hombre afable que tuvo el discutible honor de servir de portavoz económico a Richard Nixon, habría llamado corrección de crecimiento al pánico de 1893.»

Quando el ilustrado siglo XVIII pretendió mejorar la sociedad española en todas sus capas, se empezó a publicar una copiosa serie de escritos e informes de particulares, de instituciones y de sociedades económicas defendiendo a las madres solteras y a los niños expósitos y proponiendo la enseñanza de diversos

oficios que les permitieran formar parte de la sociedad laborante y los apartara de la mendicidad, de la prostitución, de la delincuencia y, en fin, de la miseria. Fueron tantos los autores que abogaron por ello en sus obras —Cabarrús, Campomanes, Feijóo, entre otros— que el 5 de enero de 1794 el rey promulgó un decreto «por el que se sirvió legitimar á los expósitos para los efectos civiles y favorecerles con otras gracias». Una de las gracias con que los favorece es incluirlos en la clase de «hombres buenos», lo que llevaba aparejado el cambio de nombre:

«Y declarando, como declaro, que no debe servir de nota de infamia, ó ménos valer la qualidad de expósitos, no ha podido, ni puede tampoco servir de óbice para efecto alguno civil á los que la hubieren tenido, ó tuvieren. Todos los expósitos actuales, y futuros quedan, y han de quedar, mientras no consten sus verdaderos padres, en la clase de hombres buenos del estado llano general, gozando los propios honores, y llevando las cargas sin diferencia de los demás vasallos honrados de la misma clase... Y mando, que las justicias de estos mis reynos, y los de Indias castiguen como injuria, y ofensa á qualquier persona, que intitulare, y llamare á expósito alguno con los nombres de *borde*, *ilegítimo*, *bastardo*, *espurio*, *incestuoso*, ó *adulterino*, y que, ademas de hacerle retractar judicialmente, le impongan la multa pecuniaria, que fuere proporcionada á las circunstancias, dándole la ordinaria aplicacion» (1).

Comprobamos en ambos ejemplos que la mayor parte de nuestro sistema conceptual es de naturaleza metafórica. Y puesto que la comunicación se basa en idéntico sistema al que usamos al pensar y actuar, el lenguaje es una fuente de evidencias de cómo es dicho sistema.

El mar también participa de su propio orden conceptual «reconociendo al amanecer de aquel día cabo Bolivao, con cuyo *abrigo* la *impresión* del huracán no le fue tan fuerte pero muy suficiente para que perdiese sus masteleros, palo de mesana y *rindiase* el trinquete (2) (Fernández Duro, 1867: 131-136). Solo en esta breve descripción localizamos tres metáforas que, como lenguaje nuevo connotativo, facilitan la reestructuración y recomposición de diversos conceptos del mundo. Si, como mantenemos, nuestra relación con el mundo está metafóricamente mediada —ya que la metáfora es el diálogo transformador e innovador de nuestra experiencia del mundo y de nosotros mismos (Cruceiro-Bueno, 2012: 15)—, el uso de estos tres conceptos connotativamente metafóricos nos conduce a una realidad particular, que es la que han creado

---

(1) Aparece también en la obra de Pedro Joaquín de Murcia, *Discurso político sobre la importancia, y necesidad de los hospicios, casas de expósitos y hospitales que tienen todos los estados y particularmente España*, apéndice 2.º, p. IV. Imprenta de la viuda de Ibarra. Madrid, 1798.

(2) La cursiva es nuestra.



El buque escuela *Juan Sebastián de Elcano* en Copenhague. (Foto: Armada)

los marineros que la designan. La primera metáfora es *impresión*, que es la que deja un huracán no con el significado de «movimiento del ánimo o del afecto», sino con el de «marca que se deja al presionar sobre algo». El baguio que desbarata la escuadra del general Álava y echa a pique varios de sus buques deja su marca de desolación de agua y viento sobre la nao *San Andrés*, al tiempo que física, moral y psicológicamente lo dejaba también sobre sus hombres. Esta impresión es la tanta veces reiterada en los hombres de mar bajo la expresión «nadie que haya vivido algo semejante podrá olvidarlo jamás».

La segunda metáfora es el *abrigo*. Etimológicamente, esta voz deriva del latín *apricum* que significaba «expuesto al sol, que está al aire libre, despejado» (*Diccionario Marítimo Español*, DME). La referencia a lo soleado y abierto ya nos parece protectora y acogedora, pues en nuestra organización metafórica conceptual el calor se asocia a lo bueno, lo íntimo, lo familiar, lo recogido, lo que ampara y lo que defiende: hablamos del calor del hogar, de una persona de corazón caliente o de gente fría sin sentimientos, de mentes frías y calculadoras, de los mimos y caricias que calientan el corazón, de una persona cálida o una casa cálida refiriéndonos al hospitalario y a la hospitalidad, etc. Por lo tanto, las naves buscan el refugio metafóricamente protector de lo cálido.

La metáfora del calor la encontramos, asimismo, en nuestro corpus documental aludiendo a las faenas que se desenvuelven con premura; por ejemplo, «púsose en obra sus carenas y principiaron los trabajos con mucho calor». Semánticamente, además, podemos relacionar dicha voz con otro término marino —*demandar*—, cuyo significado preciso no está en el castellano pero sí en el latín. En la documentación que estudiamos, los navíos siempre *iban en demanda* del puerto para buscar la protección y el refugio. En latín el verbo *demandāre* significa «confiar, poner a buen seguro», que es lo que pretende todo capitán con su barco; estamos, pues, ante un latinismo semántico.

La tercera metáfora se relaciona con el léxico militar: todo elemento clave en la defensa tiene que resistir hasta el final, y solo una fuerza superior consigue que se someta, que se sujete al dominio de alguien o de algo. Así, para los hombres del mar los palos de la arboladura resisten hasta que no pueden más, en cuyo momento se *rinden*. La nao *San Andrés* solo rindió su trinquete en lo más feroz del baguío y tras perder los masteleros y el palo de mesana, sin poder recibir ayuda de ninguna otra nao, pues eran todas «juguete de las ondas»; descripción que solo alcanza su justo significado en el mar cuando el casco del buque está anegado, las olas han arrasado la cubierta y todo lo que en ella había, y el agua entraba en el buque mucho más rápido de lo que las bombas la podían expulsar. En este contexto es en el que de verdad nos sobrecoge la metáfora, cuando alcanza su verdadera función de integrar en ella todo el sistema lingüístico capaz de suscitar mundos nuevos diferenciados, auténticos monumentos del lenguaje y de la experiencia que, una vez alcanzados, ya no tienen vuelta a la cota anterior. Quien haya leído esta figura retórica en medio de la descripción de un huracán o de un naufragio nunca volverá a aceptar la heterodoxia de encontrarla en un pusilánime poema de amor en el que el corazón sea juguete de las ondas u otras composiciones similares, por muy líricas, espirituales o elevadas que nos puedan parecer.

Nietzsche (1990) dice que el hombre describe metafóricamente la experiencia que posee del mundo porque las emociones que las cosas le provocan se asocian con imágenes y objetos, convirtiéndose en conceptos y en nombres de ellos, pero sin que haya entre ambos ningún nexo objetivo. La idea de metáfora en el filósofo lo sintetiza bien Vattimo (2002: 101): «... el mundo de la verdad se constituye cuando, con el surgimiento de una sociedad organizada, un determinado sistema metafórico es elegido como canónico e impuesto a la observancia de todos... El establecimiento de la interpretación como verdad es fruto de una intervención externa a la actividad metaforizante de un acto de fuerza. La actividad metafórica conoce ciertamente un proceso de emancipación cuando —dice Nietzsche— “el mundo entero se convierte en fábula”».

La metáfora, por tanto, constituye la oportunidad que tiene el hombre de crear un espacio particular porque engendra la realidad que designa. Esta, fundada a través de la metáfora, es enormemente activa en lo referido tanto a los movimientos del barco como a sus partes y componentes, en los que la

definición de un término metafórico se hace, a su vez, con conceptos utilizados metafóricamente. Una sola tabla del barco es capaz de generar una cascada de términos figurados que a los no versados en la mar nos abre todo un campo conceptual nuevo e inmenso. Por ejemplo, «... a causa de la gran pudrición que se descubrió particularmente en el *Europa* por los cosederos durmientes de la primera cubierta».

La primera metáfora es *cosedero*, derivado de *coser* (lat. *consuĕre*), que significa «unir una cosa con otra». Según el DME, los *cosederos* son «los tablones del *forro* exterior de un buque comprendidos desde el canto inferior de las cintas hasta la línea de agua del casco en rosca...». A su vez, el *forro* (*Diccionario de la lengua española*) es, en el léxico marinero, el «conjunto de tablones con que se cubre exterior e interiormente el *esqueleto* del buque». La voz *cinta* deriva del latín *cinċta*, participio pasivo femenino del verbo latino *cingĕre* (*Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, DCECH), que en esta acepción marinera es ya metafórica. O sea, una sola tabla nos ha abierto cinco metáforas, por tanto sendos campos conceptuales diferentes. Pero aún no ha acabado de generar ámbitos metafóricos. El documento del jefe de escuadra Ignacio María Álava describe el estado de los *cosederos durmientes*, adjetivo este en el que se nos hace evidente el primer paso de relexicalización, desde *dormir* a *apoyar*; los sucesivos se evidencian de nuevo en la definición, ya que el *durmiente* (DME) es un «madero grueso clavado de popa a proa a lo largo del costado, sobre el cual *sientan* las cabezas de los baos, que van en él *endentados a cola de milano*» (3). Como podemos verificar, para definir un término ya de por sí metafórico, la lengua ha recurrido a otros cuatro. Y así sucesivamente.

Continúa este lenguaje figurado en las partes de la nave: «... cargó mucho el Norte... y fue tanta la furia que nos hizo tomar de todo el papahigo mayor y hacer cinturas á los másteles y jaretas falsas á la xarcia» (*Derrotero* de Pedro Sarmiento de Gamboa, PSG: 621), donde a los mástiles les hacen *cinturas*, o sea, «ligadura que se da a jarcias o cabos contra los respectivos *palos*, como, por ejemplo, la que se aplica a la *corona* de los palos mayores» (DME). Metáfora explicada a través de una metonimia —que toma la parte por el todo: los *palos*, el objeto por la materia de que está hecho— y otra metáfora de primer grado —la *corona*, la parte superior—. En cambio, el vocablo *jareta*, derivado del árabe *šarīṭah* (DCECH), entra en el castellano, primero, como voz náutica y de ahí pasa al acervo común.

Navegando por la lengua de nuestro corpus documental, llegamos a otros casos de relexicalización, que es un desplazamiento semántico por el que se obtienen significados diferentes del denotativo de la palabra. Por ejemplo, *pulir* con el significado de *robar*. Este mecanismo de traslación semántica

---

(3) La cursiva es nuestra.



Mascarón de proa del *Juan Sebastián de Elcano*. (Foto: Armada)

común en la lengua está en la base de las diversas acepciones que adquiere un vocablo dado. En virtud de esta idea, lo que estamos analizando en este artículo bajo el título de lenguaje figurado son, en pureza, procedimientos de relexicalización. Algunos se revelan a la primera ojeada, como en el caso de «a la tierra sale una restinga que corre norte-sur. Parecen sobre agua tres puntas de arrecifes della; y en la canal, que está a dos ahustes del arrecife, hai quatro brazos de agua norte-sur con el arrecife» (PSG, 89).

La voz *ahuste* (*ayuste*) —«... la costura o amarradura de dos cabos por sus extremos» (DME)— la usa Sarmiento ya en el sentido figurado de «corta distancia» (tercer cambio semántico) a partir de un significado anterior derivado de *ajustar* (segundo cambio), que es, a su vez, metafórico respecto al término *justo* —«conforme a derecho» (DCECH)— del que deriva (primer cambio semántico).

Son tan profusos, tan abundantes, tan copiosos los movimientos léxicos en lo atingente a las naves que solo podemos atender a algunos que proponemos a modo ilustrativo, tal y como acaece en los demás ámbitos, y que espigamos en nuestro corpus con la esperanza de que sirva de base para otros filólogos u otras personas interesadas en el lenguaje figurado del mar: los navegantes estaban a merced de los vientos, del cielo, de las olas y de las corrientes, por lo que es inherente que sus intereses radicarán ahí y, en consecuencia, las figuras de pensamiento también; porque los pilotos o capitanes o tenientes de



navío, etc., nos refieren *su* realidad, la realidad que ellos perciben como real. La preocupación entre la realidad y su conocimiento ya fue objeto de estudio de filósofos como Kant (4), que declara que a todos los seres humanos nos limita nuestro aparato perceptivo, que determina que tanto nuestra experiencia como los objetos de ella son el resultado de nuestra forma individual de experimentar. Por consiguiente, están estructurados y determinados por nuestras categorías de espacio y tiempo, lo que hace imposible captar las cosas en sí. Como afirmaba Sartre, no hay descripciones puras de los objetos, sino atribuciones de significado que provienen del sistema de creencias que posea el observador. O sea, según el filósofo francés, la descripción de un objeto es una descripción del descriptor y no la propiedad de la cosa en sí misma.

Ateniéndonos a la captura en el acto perceptivo que un capitán de navío realiza de las características físicas de los meteoros, de las tierras y del mar, comprenderemos la selección perceptiva que permite que su mirada revele las particularidades del objeto que son relevantes para él o para un grupo de personas que comparten una percepción similar por medio de un código común.

Los marinos crean el cielo con unos componentes, unas estructuras y unas características que no son patrimonio del objeto, sino distinciones que traza el observador (5) en el cielo y los horizontes — voz usualmente en plural —, con celajes o celajería en distinta gradación, en los mares y en el viento. Los hombres de mar nunca hablan de nubes, sino de *celajes*. A pesar de que el término *nube* está documentado desde el siglo XIV y *celajería* desde el XVI (DCECH), esta segunda voz es, indiscutiblemente, marinera y deriva de *cielo*; *del cielo* del que depende la seguridad y la vida; por lo tanto hay una minuciosidad en el detalle descriptivo de esa esfera azul y del horizonte — los horizontes, según su tamaño —, su situación y sus calidades, desde «alguna celajería» hasta la «barda oscura» y la «barda espesa» que prenuncian el temporal:

«Cielo y horizontes con alguna celajería... horizontes con celajería gruesa... los horizontes con celajería suelta y arrumazón llana en la mar... los horizontes con celajería parda... en el horizonte una barda espesa y muy ahumada de la parte de el viento... empezó a despedir alguna celajería suelta oscura... celajería senisienta y al SE fosco...»

El aspecto, la apariencia de la atmósfera, se designa con la voz metafórica *cariz* y el cultismo semántico *semblante*, que encontramos incluso personificados en oraciones del tipo «el semblante prometía calma todo el día»:

(4) KANT, M.: *Prolegómenos a toda Metafísica futura*, 1781.

(5) Esta idea, desgajada de la teoría del constructivismo, la planteaba ya en 1710 Giambattista Vico, que está considerado el primer genuino constructivista.

«Se disipó el mal semblante... la noche fue mejor de lo que el semblante prometía... viendo que el cariz estaba de ventar... porque, además de ser mucho el viento, daba peores muestras el semblante... al principio de la singladura el cariz no estaba de mal semblante...»

Con el mal semblante o el feo cariz siempre se barruntan problemas que suelen cernirse con un desasosegante cielo toldado, metáfora que cae sobre el ánimo de los de las naves con todo el peso de su tenebrismo:

«Y estando toldado el cielo y acelajados los horizontes... anocheció toldado el cielo y achubascados los horizontes... el cielo se toldó y se cerraron los horizontes de neblina...»

El toldo comienza a disminuir cuando el cielo se *desfoga*. Es muy sugestiva esta voz desde el punto de vista léxico. Los horizontes apuntan mal cariz cuando comienzan las *fogadas* o *fogatas* en el mar. Lo sorprendente de este vocablo es que si deriva de *fuego*, como parece, tendría que aludir a los rayos o relámpagos; pero no es así: el referente es el chubasco, el aguacero fuerte y no tanto la descarga eléctrica que lo acompaña, de donde podemos concluir que hay una traslación metonímica de significado. Singularmente, la voz *fogada*, tan reiterada en nuestro corpus, no la hemos encontrado en los diccionarios generales, ni siquiera en el de O'Scanlan, con el significado náutico. Pasemos ahora al verbo *desfogar*, que es «deshacerse un temporal por haberse disuelto en *fogadas*», acepción tan apartada de la de «aplacar el fuego del horno abriendo la boca» que nos hace dudar si es una traslación de significado o, simplemente, una homonimia. La segunda acepción marinera, la de «hacer que disminuya el esfuerzo del viento en una vela, bien arriando las escotas o escotines ya degollándola» (DME), es otra creación metafórica:

«Fogatillas de poca consecuencia... desde que oscureció empezaron las fogadas... durante la noche no sesaron estos, obligándonos a meter el velacho y arriar la gavia por el mal cariz del NO, que desfogó en fuertes aguaceros y fugadas por dicha parte, de la que salían relámpagos continuos, algunos truenos aunque remotos... obligándonos por venir a fugadas y hir engrozando la mar... llamó al SO de escaseada con fortísimas fogadas que nos obligaron a cargar las mayores... desfogado que fue, bolvió el viento al SO...»

Amarrado a la ocupación por el cielo, el marino porta el cuidado por el *viento*, que es el que determina la singladura. El meteoro aparece porque *llama* o *se llama*, es decir, *rola*, *declina*, *cambia*, *ronda* o *salta* (DME). Esta activa corriente de aire tiene tal prestancia que es el vocablo que más espacio ocupa en los diccionarios de términos marítimos. Dado que todos los ejemplos de nuestro corpus están definidos en el DME (*viento*), destacamos aquí una

parte de la definición, singularmente la referida a los términos del corpus y a las traslaciones de significado:

«... El viento se considera bajo dos aspectos ó relaciones, que son la de su direccion y la de su fuerza. Con respecto á su direccion, se dice: viento *por la proa* (6) ó *por el pico*, viento *contrario*, viento *escaso*, de *bolina*, *ancho*, *largo*, á *la cuadra*, *abierto*, á *popa* ó *en popa* y á *popa cerrado*. El viento *por la proa* es el que precisamente trae su direccion del punto mismo a que debe dirigirse el rumbo; el *contrario* es el que se le aproxima mucho, ó con la sola diferencia de una á tres cuartas en su direccion; *escaso*, el que ni aun de bolina permite navegar al rumbo que debe hacerse, y solo deja seguir alguno de los inmediatos. *De bolina* es el que sopla de las seis a las ocho cuartas, ó permite hacer rumbo de derrota navegando de bolina. El *ancho*, el *largo* y el *abierto*, el que viene en direccion que forma con la del rumbo un ángulo mayor que el de las seis cuartas de bolina. Cuando este ángulo es recto, se dice *viento á la cuadra*, que en lo antiguo llamaban *cuartelado*, y cuando solo le faltan dos ó tres cuartas para coincidir con la quilla por la parte de popa, se dice *por la*



*La gran ola de Kanagawa.* (Foto: [www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org))

---

(6) Cursiva en el texto.

*aleta ó por el anca*. El de *á popa ó en popa*, el que se aproxima mucho al de *en popa cerrado*, que es el que sigue rigurosamente la dirección de la quilla en el rumbo que hace la nave. El de *travesía*, que como se ve en esa voz, adquiere su denominación relativamente á los parages sobre que sopla, y puede considerarse en la clase de los de *por la proa*, *contrarios* y *escasos*, ó tiene analogía con ellos. En atención á su fuerza y empezando á contar, según el señor Ulloa, desde la *calma muerta ó chicha* en que ni aun ambiente alguno se siente; se dice solo *calma*, cuando se advierte de tiempo en tiempo algun ambientillo muy ligero. *Vagajillo*, que otros escriben *vahajillo*, cuando se nota un vientecillo muy flojo, que no llega á la superficie del agua; *ventolina*, cuando este vagajillo apunta por diversas partes; *viento fresco* (que también se llama *viento de todas velas* y, por otro estilo *viento de juanetes*) cuando van las velas llenas y no gualdrapean. *Frescachon*, cuando es recio y no permite llevar juanetes. *Cascarron*, cuando se necesita tomar rizos á las gavias. *Ventarron*, cuando obliga á aferrarlas y á mantenerse con las dos mayores. *Temporal*, cuando es preciso quedar con el trinquete, correr ó ponerse á la capa. Hay además *viento aturbonado*, *viento á ráfagas*, *contrastes* y *uracanes*. Hasta aquí el señor Ulloa. Mas aun son frecuentísimas otras muchas denominaciones, que si bien no alteran esta clasificación gradual, deben indicarse para que el lector no dude y encuentre directamente el significado de cada una cuando lo busque. Tales son, relativamente á su dirección, el *viento á la estrella*, que se dice muchas veces del *norte*; *viento á la mar*, *marero* y *de fuera*, que es el que viene del lado de la mar con respecto á la tierra y equivale en los puertos ó inmediaciones de esta á la *virazon*. *Viento á la tierra ó de tierra*, al contrario, el que sale de ella hácia la mar y equivale á *terral*, en sus casos. *Viento á fil de roda*, que es lo mismo que *por la proa ó por el pico*. *Viento puntero*, que se llama así porque obliga a puntear y equivale á escaso. *Viento de revés*, que es el que repentina ó accidentalmente hiere en las velas por la cara de proa. *Viento de bordada*, el que permite hacer una bordada larga y ventajosa con relación al objeto del viaje ó comisión. *Viento de traves*, que Zuloaga llama *de medio costado ó al medio costado* y Fernandez *atravesado*, y es lo mismo que *á la cuadra*, no solo accidentalmente con respecto al costado del buque en alguna posición ó maniobra momentánea, sino tambien con relación al rumbo que este sigue... *Viento franco*, el que da lugar para seguir un rumbo determinado, navegando en buena vela ó sin necesidad de apuntar las bolinas. *Viento cerrado á tal rumbo*, el que trae rigorosa ó exactamente su dirección en el rumbo señalado, sin declinar un ápice á uno ni otro lado. *Viento arremolinado*, el que forma remolinos en su curso. *Viento variable*, el que no fija su dirección ó no guarda en ella ley alguna conocida; entre estos suele haber alguno tal, que figuradamente se dice *viento redondo*, porque parece que sopla de toda la redondez del horizonte. *Viento por el zenit*, expresión figurada que significa una gran calma... Con relación á su fuerza se dice: *viento calmoso*, el muy flojo y que sopla con intermision; *viento flojo*, que el señor Ulloa llama

también *corto*, el de menos fuerza que el bonancible, pero constante como él ó no interrumpido como el calmoso. *Viento bonancible*, el de fuerza moderada que permite llevar hasta las velas más menudas, y al cual se dan también los nombres de *suave*, *apacible*, *blando*, *benigno*, *fresquito*, *galeno* ó se indica lo propio con decir *viento de sobrejuanetes*. *Viento hecho*, el que también se dice *entablado* y *seguro*. *Viento de tantas millas*, el de fuerza capaz de hacer andar el buque el número de millas determinado. *Viento igual*, *seguido* ó *llano*, el que sopla con un mismo grado de fuerza constantemente, á diferencia del desigual, que es el designado por la expresión *viento á ráfagas* ó *á rachas*, y que también se llama *traidor*, en sus casos. *Viento manejable*, el más fuerte que el fresco, pero que permite hacer cualquier maniobra conveniente... *Viento forzado*, el que obliga á buscar abrigo ó tomar un fondeadero á toda costa, ó hacer otra maniobra violenta en las circunstancias para separarse de un peligro ó evitarlo. *Viento borrascoso*, *violento*, *tormentoso*, *impestuoso*, *deshecho*, *pesado*, *furioso*, *porfiado*, *temible*, *peligroso*, etc., el temporal ó muy semejante á este y que es llamado con todos estos nombres por varios autores y en la generalidad de los escritos antiguos y modernos, en los cuales se ven además equivocadas ó usadas como equivalentes las voces de *tiempo* ó *temporal* y *viento* en estos casos...»

El tercer ojo del marino, pues siempre se navegaba al menos con tres ojos, está puesto en la mar. Una mar que recibe, lógicamente, múltiples designaciones según su estado. El sustantivo mar para los hombres que viven en y de ella es casi siempre femenino, mientras que la agitación misma del mar o el conjunto de olas son los mares o, en general, las mares. En el corpus se distinguen las calidades y las circunstancias de cada mar; pero, como hicimos con el vocablo anterior, escuchamos al DME (*mar*), pues recoge todos los adjetivos y designaciones de nuestro trabajo:

«... En este sentido, y considerada su elevación ó volumen y su velocidad ó fuerza, se dice ó distingue *mar llana*, *cabrilleada*, *picada*, *gruesa*, *arbolada*, *ampollada*, *cava* ó *cavada*, *encrespada*, *larga* ó *tendida*, *sorda*, *de leva*, *de capillo*, *de fondo*, etc.; y con respecto a su dirección *mar de popa*, *de proa*, *de mura*, *de anca de costado* ó *de través*, *del viento* ó *de tal rumbo* y *mares encontradas*... *Mar bonanza*, *en calma*, *en leche* ó *de leche*, *mar como un plato*, *como un espejo*, *como una balsa de aceite*, etc. son todas expresiones que denotan la tranquilidad más o menos absoluta ó perfecta del mar, por efecto de la calma. Lo propio significa la anticuada de *mar de donas*...»

El amplio corpus del que disponemos en este artículo nos permite seleccionar, además, otros casos de lenguaje figurado por los que el cielo *dispara*: «... se puso el semblante feo y disparó con turbonadas de agua y viento», usado con una personificación y una metonimia; el viento *desgarra* o *se*

*desgarra*: «... hubo un desgarrón de viento»; la superficie del mar se agita como las velas «... y con el mucho velexadero de mar que había...», o siente: «... no eran las mares menos sensibles», etcétera.

Pero lo más humanamente caracterizado son las naves. Estas, nos dicen los marinos, tienen firmeza de carácter y, a pesar del rumbo al que las quieran obligar a fuerza de velas, *dan en seguir arribando* en la dirección que les plazca, *bailándose* a la vista de un puerto, *agotando los diques* de cuanto pudiera sugerir la inteligencia del capitán para *marearlas*, a pesar de *cazar* las velas para liberarse de los golpes de agua que *bebía* la nave. Al fin el capitán puede *correr viento a palo seco*, pero con poca felicidad, pues enseguida encuentra *orgullo de corriente*...

Son tan copiosos los ejemplos de metáforas, metonimias y personificaciones que merecerían otro libro por sí mismos. Nosotros traemos a la consideración del lector estos ejemplos, a modo de muestra de la figuración que hay en la lengua del mar y como invitación a otros investigadores a trabajar sobre los documentos tanto del Archivo del Museo Naval como del de Simancas, Indias u otros tantos, en los que se relatan nuestros mares sin orillas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARMSTRONG, D. (1971): «Meaning and Communication», *Philosophical Review*, vol. 80, núm. 4, pp. 427-447.
- ARISTÓTELES: *Retórica*. Editorial Gredos. Madrid, 1990.
- BACH, Kent (2004): «Pragmatics and Philosophy of Language», en HORN, Laurence R., y WARD, Gregory (eds.): *The Handbook of Pragmatics*, pp. 463-487. Wiley-Blackwell.
- BLUMENBERG, Hans (2000): *La legibilidad del mundo*. Ediciones Paidós. Barcelona.
- CEBEIRO, Marcelo R., y WATZLAWICK, Paul (2006): *La construcción del universo*. Herder. Barcelona.
- CHAKRABARTY, Dipesh (2008): *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Tusquets. Barcelona.
- COHEN, Ted (2011): *Pensar en los otros. Sobre el talento para la metáfora*. Alpha Decay. Barcelona.
- HEIDEGGER, Martin (1958): «Hölderlin y la esencia de la poesía». *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica. México.
- PLATÓN: *El banquete*. Editorial Gredos. Madrid, 1981.
- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro: «Derrotero al Estrecho de Magallanes». Edición de Juan Bautista González. *Historia 16*. Madrid, 1987.
- O'SCANLAN, Timoteo (1974): *Diccionario marítimo español*, Madrid, Museo Naval.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo (1867): *Naufragios de la Armada española. Relación histórica formada con presencia de los documentos oficiales que existen en el Archivo del Ministerio de Marina*, Madrid, Imprenta de Estrada, Díaz y López.
- NIETZSCHE, F. (1990): *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos.
- VATTIMO, Gianni (2002): *Diálogo con Nietzsche*. Ensayos 1961-2000, Barcelona, Paidós.
- COROMINAS, Joan, y PASCUAL, José Antonio (1980): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 5 vols. Madrid, Gredos.